



D. José Joaquín Pastor Miranda

Hermano Mayor de la Hermandad del Resucitado

Es la primera vez que se me pide realice un escrito en nombre de mi hermandad, para una publicación conjunta de todas las hermandades y cofradías de la ciudad de Écija, lo cual es un gran honor, no solo por lo que representa sino también por la responsabilidad unida al cargo actual que tengo.

Si se piensa bien, pertenecer a una hermandad determinada, estar inmerso en su vida litúrgica, difundir y practicar el mensaje recogido en sus reglas, apoyarla y convivir los buenos y malos momentos que nos depara las circunstancias de cada instante..., es difícil de analizar esta pertenencia, si no es porque tu propia familia ya tenía en la hermandad sus raíces y desde pequeño lo has vivido. Pero esto no es siempre así.

En mi caso particular, comencé en la hermandad de hermano costalero, atraído por su reciente creación y porque era algo distinto al resto de hermandades establecidas y en el aspecto cofradiero, daba un aire nuevo a la semana santa en su etapa final. Era el primer eslabón de mi familia que pertenecía a la Resurrección y posteriormente, mi hijo, siguió también este mismo camino. Con los años llegué a formar parte de la Junta de Gobierno como Prioste de Cristo y últimamente como Hermano Mayor.

La Hermandad de la Resurrección, desde su refundación en 1979, comenzó cumpliendo su función principal de culminar la Semana Santa Ecijana donde faltaba lo esencial, el fundamento que representa el sentido del cristianismo. Nuestra cofradía llevó la luz de la Pascua de la Resurrección a las calles de Écija en un domingo jubiloso. Pero todo no se quedaba en este inicio, porque poco a poco se fue completando, con el transcurso del tiempo, las aspiraciones y proyectos de una joven hermandad. Vivir cada momento ha significado para mí una satisfacción continua, porque desde un principio he sentido de cerca, desde los distintos cargos que se me han encomendado, el avance, las nuevas sensaciones y el descubrimiento de nuevos aspectos que han enriquecido la vida de hermandad tanto desde el punto de vista social como litúrgico y cultural para nuestra ciudad.

Una muestra de ello, de su importancia y del progreso de esta hermandad, lo podemos deducir de algo tan simple como es su título, que ha variado tres veces en sus cuarenta años de existencia de esta segunda etapa, derivada de la anterior del siglo XVI. Recuerdo que María Santísima de la Alegría, ese gran sueño avivado por nuestro recordado y querido coadjutor Rafael María Galán Maestre, empezó a acompañar a Cristo Resucitado, transcurrido muy pocos años de aquella primera salida procesional de 1980. Y la posterior incorporación de Santa María Magdalena, gracias a la donación de uno de los mayores defensores que han existido de la cultura ecijana, nuestro querido y añorado Fernando Luna Riel.

Según queda reflejado en sus reglas, hay tres aspectos que la hacen única: ser Sacramental, de Gloria y de Penitencia.

Sus actividades, además de las usuales de la vida de hermandad a lo largo de todo el año, en cuanto a las celebraciones un tanto especiales y en el aspecto popular en la calle, no se

limita únicamente a la Salida Procesional del Domingo de Resurrección, sino que hay dos días más en el año de gran relevancia: Las Cruces de Mayo (celebración que ya se realizaba en su primera etapa) y el Vía Lucis (celebración de nueva creación en el siglo XX). De esta forma se manifiesta nuestra implicación con la recuperación de tradiciones que se habían perdido y nuestra evolución con el desarrollo de los nuevos tiempos y nuevas maneras de vivir y difundir la Resurrección de Nuestro Señor, ya que fuimos una de las primeras hermandades en Andalucía y España, que comenzaron a realizar el Vía Lucis.

Grandes evoluciones de las que hemos participado también a nivel local, como fue la celebración del Vía Crucis con la Imagen de Cristo Resucitado, a raíz de la inserción de la XV Estación por el Papa.

En esta última etapa de mi mandato, como Hermano Mayor, me ha tocado vivir algo que nadie se hubiese imaginado: una pandemia que ha paralizado la vida de hermandad bajo el concepto que todos teníamos de ella, hemos dejado de celebrar la Semana Santa en la calle y nos ha hecho pensar mucho, adaptándonos a una nueva vida y a una nueva forma de celebrar los actos de la hermandad cuando ha sido necesario. Hemos sufrido y perdido a hermanos de esta hermandad, familiares y amigos, por culpa este virus que ha asolado al mundo. Momentos muy duros que no olvidaremos nunca y en los que necesitamos mucho más la ayuda de Nuestro Señor Resucitado y Nuestra Madre María Santísima de la Alegría, a los que le pedimos y elevamos nuestros rezos. Con nuestra fe vamos a continuar con nuestra vida de hermandad y con el firme propósito de ayudar, con nuestras acciones, con nuestro trabajo. A seguir proclamando y practicando, veintiún siglos después, las enseñanzas que recibimos y la Resurrección de Nuestro Señor.

